

Carmen Escobar Rodríguez²⁵ o el de Gustavo Vargas Martínez²⁶.

La última conspiración fue el golpe contra Mosquera del 23 de mayo de 1867. Realiza una presentación del general Tomás Cipriano de Mosquera, pero deja de mencionar circunstancias que hacen del general una de las figuras más controvertidas del siglo XIX colombiano, aunque, sin lugar a dudas, después del Libertador Simón Bolívar fue el hombre más destacado de esa centuria. Algunas de las peculiaridades de Mosquera pueden ser: de ser "ministerial" y "conservador" en la década del treinta y cuarenta, pasó a ser uno de los grandes adalides del liberalismo y de la masonería colombiana; pese a ser hermano del obispo José María Mosquera, fue uno de los grandes perseguidores de la Iglesia católica colombiana y de los curas, y uno de los principales promotores de un Estado laico; atacó la "República de los Artesanos", pero luego tuvo en ellos un significativo apoyo. Un aporte importante del ensayo de Santos es el de mostrar la penuria económica del gobierno de Mariano Ospina Rodríguez y las medidas tomadas para subsanarla, que sin lugar a dudas fueron un motivo sustancial para la gestación de la guerra civil de 1859-1862, el triunfo radical y la república por ellos establecida a partir de la Constitución de Rionegro de 1863.

Algo muy notorio a lo largo del libro es que en la segunda conspiración el autor hace referencia a un grupo secreto de tendencia masónica, esa línea, lo masónico y su segura participación, a favor y en contra, en las conspiraciones es abandonada por Santos, salvo cuando se refiere al Precursor Nariño, lo que en muchos de los pasajes del libro y especialmente en el golpe de Melo y el golpe contra Mosquera en 1867 es esencial pues, por ejemplo, la creación de la Escuela Republicana, el 25 de septiembre de 1850, tiene mucho que ver con el

25. Carmen Escobar Rodríguez, *La revolución liberal y la protesta del artesano*, Bogotá, Fundación Universitaria Autónoma de Colombia, Fondo de Publicaciones, Ediciones Fondo Editorial Suramericana, 1990.

26. Gustavo Vargas Martínez, *Colombia 1854: Melo, los artesanos y el socialismo (la dictadura artesanal de 1854, expresión del socialismo utópico en Colombia)*, Medellín, Editorial La Oveja Negra, 1972.

desenvolvimiento de la masonería en el país de aquel entonces, sin olvidar que el general José María Melo era masón, así como muchos otros protagonistas de la época: Tomás Cipriano de Mosquera, José María Obando, Manuel Murillo Toro, José Hilario López, Tomás Herrera, entre otros, quienes se alindaron en bandos opuestos, ora gólgotas, ora draconianos, ora liberales moderados, sin perder su sentido de "hermandad".

José Eduardo Rueda Enciso

Profesor titular,

Escuela Superior de Administración Pública

La globalización sin escrúpulos

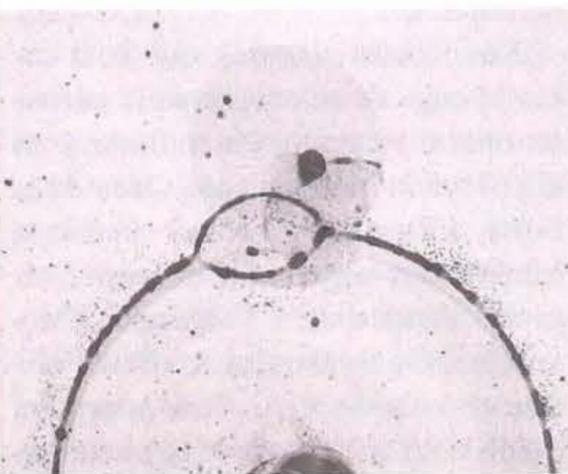
Bananas

De cómo la United Fruit Company moldeó el mundo

PETER CHAPMAN

Taurus, Bogotá, 2010. 227 págs.

PETER CHAPMAN ha escrito un relato periodístico de la historia de la United Fruit Company, la primera de las multinacionales modernas. Un laboratorio experimental del capitalismo sin restricciones, que es descrito en términos tan vívidos y enérgicos que tiene todas las características de una novela apasionante.



Como dice el autor: "La manera como la United Fruit mantuvo su dominio fue un acto de prestidigitación, un enorme truco ejecutado por una colección de oportunistas y charlatanes, filántropos y faquires" (pág. 28).

El negocio comenzó hace 140 años y pareció evaporarse el lunes 3 de

febrero de 1975, cuando Eli Black se arrojó desde el piso cuarenta y cuatro del edificio de Pan-American en Nueva York, sobre Park Avenue. Black era un judío devoto, que provenía de diez generaciones de rabinos y que ahora dirigía United Brands, la corporación que se había apropiado de la United Fruit Company.

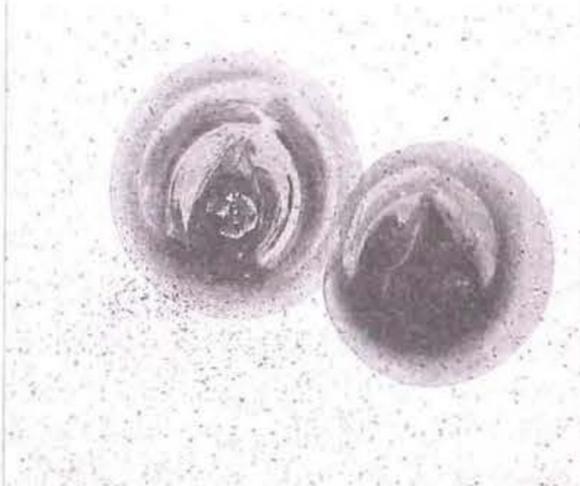
La Frutera, El Yunay, La Compañía o simplemente El Pulpo controlaba miles de kilómetros de tierras en Centroamérica y a través de la naviera privada más grande del mundo, pintada toda ella de blanco para protegerla del calor, la Gran Flota Blanca, comercializaba el banano hacia los Estados Unidos. Se había especializado en una variedad, la Gros Michel o "Big Mike", que por tener cáscara gruesa sufría menos magulladuras en el proceso de recolección y envío.

Era la época, como escribió el Times de Londres, en que si los griegos esculpen y los italianos pintan, "los norteamericanos inventan". Hacia 1876 el motor a vapor de George H. Corliss, el teléfono de Alexander Graham Bell, el telégrafo de Thomas Edison, los ascensores de los hermanos Otis y la máquina de escribir se vieron en la Gran Exposición del Centenario, diez años después del fin de la Guerra de Secesión o Guerra Civil Norteamericana. Pero la cosa más romántica que allí se exhibía no era la Estatua de la Libertad enviada por Francia, sino, en el pabellón de horticultura, un árbol de bananas, de tres metros y medio de alto, como escribió un visitante.

La energía de ese país de inmigrantes europeos, que exterminaba apaches y comanches, para volcarse hacia el Oeste, y cercar miles de kilómetros con el alambre de púas inventado en 1873, buscó nuevos espacios para conquistar amparado en la Doctrina Monroe de 1823, que prohibía el paso de los extranjeros. Que países como Costa Rica quisieran construir ferrocarriles para unir los dos océanos y que se sembraran bananos al lado de las vías férreas para alimentar a los trabajadores, muchos de ellos sacados de la cárcel de Nueva Orleans, fueron dos elementos que contribuyeron, junto con las nacientes preocupaciones por la dieta y la

alimentación sana, a que ocasionales envíos de bananas a los Estados Unidos fueran bien recibidos y bien pagados.

La clase media comenzaba a utilizar la comida para definirse socialmente e imitar a los ricos. Por ello el cerdo, el pan integral, las sopas espesas y las tartas de frutas secas dieron paso a alimentos más exóticos y refinados. Aquí se coló el banano, que llegaría a ocupar el cuarto lugar entre los alimentos más importantes del mundo, después del arroz, el trigo y la leche.



En dicho escenario comienzan a surgir los empresarios aventureros que como los hermanos Henry y Minor Keith intentan construir el ferrocarril en Costa Rica para unir los dos océanos, que solo se terminó en 1890.

Mientras tanto, al menos [Minor] Keith seguía manteniendo intacta la llama del capitalismo en la selva, allá, en la periferia del sistema, donde el espíritu puro del capitalismo podía prosperar junto con las fuerzas de la naturaleza. Por esa época Keith se trasladó hasta los confines de Colombia, donde compró extensos cultivos de banano cercanos a la ciudad de Santa Marta, en la costa Caribe. Fundada en 1525, Santa Marta era uno de los asentamientos españoles más antiguos de Suramérica y el punto desde el cual partieron los conquistadores en busca de El Dorado. Keith había encontrado una rica veta al comprar una propiedad que ya estaba lista para producir. Los empresarios colombianos habían desarrollado la zona bananera de Santa Marta, e incluso habían construido sus propias líneas férreas, pero carecían de los contactos para crear un mercado internacional. En esa medida, no habían podido compe-

tir con gentes como Preston y Keith. De manera que, al igual que el pájaro cucú, Keith se mudó a un nido construido por otros. [pág. 60]

Costa Rica, Panamá, Colombia, Cuba, Guatemala, Jamaica y República Dominicana serían el territorio base de la United Fruit Company, cuya fundación fue el 30 de marzo de 1899.

La fórmula era infalible: Keith, como en el caso de Guatemala, haría el ferrocarril a cambio de tierras, concesiones por años, bajos impuestos y otras prebendas. Con las ventas del banano en los Estados Unidos, que aumentaban cada día y se harían más populares, financiaba el ferrocarril. Un conocido dictador, el general Manuel Estrada Cabrera avalaría el acuerdo y se beneficiaría del mismo. Con su novela *El Papa verde* (1954) el premio Nobel de Literatura 1967, el guatemalteco Miguel Ángel Asturias recrearía aquellos hechos y aquellos personajes.

Los países citados habían terminado por ser parte del comisariato de la compañía, que en Costa Rica dirigió Minor Keith antes de manejar la empresa y ser llamado "rey sin corona de Centroamérica"; Keith se casó con la hija de José María Castro, quien fuera presidente de Costa Rica en el siglo XIX. Toda una trama de enlaces sociales, fusiones políticas y maniobras financieras para crear enclaves coloniales en la periferia de ese nuevo imperio.

Los Estados Unidos, que veía como el auge de su economía le permitiría dilatar su destino manifiesto y en el cual cada quiebra, cada caída de la bolsa, solo terminaba por afectar a los pobres y no a nombres como Cornelius Vanderbilt, J. P. Morgan, Rockefeller, Gould o quizá Andrew Preston, el socio de Keith en Boston con quien tuvo que asociarse para mantener el monopolio del banano.

Se podía dar el lujo de destruir la fruta para mantener los precios altos, o de regalarlas para impedir que los demás vendieran la mercancía. A través de esos métodos, la compañía fue aumentando el control del mercado de las bananas hasta llegar a dominar entre el 80% y el 90%, y en la práctica, todo el mercado. [pág. 66]

Sam Zemurray sería el hombre clave durante cincuenta años del auge de la United. Había que racionalizar el desorden e incluso, como en 1903, llevar a los insurrectos panameños provisiones, en la flota de la United, para independizarse de Colombia. El espacio se ampliaba. Panamá, Colombia, Honduras y los novelistas que crearon los nuevos términos de referencia. O. Henry, en su única novela, habló en 1904 de "repúblicas bananeras", al referirse a su versión imaginaria de Honduras: *Anchuria* y la "*Vesuvius Fruit Company*", que orquestaría un golpe de Estado.

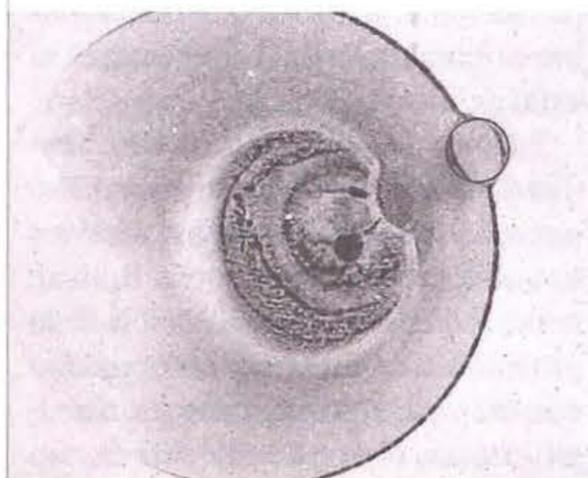
Vieja maña de la United, experta en esas conspiraciones: comprar presidentes, crear grupos de presión en Washington para obstaculizar las investigaciones en contra de los monopolios, pagar a los corteros con machetes unos veinte centavos de dólar por dos horas de trabajo y obligarlos a gastar el salario en el comisariato de la compañía. En 1913 los Estados Unidos importaba cuarenta y dos millones de racimos de bananos, de esas tierras de Centroamérica, pobladas de "gentes perezosas" "refugio de incipientes revoluciones". Pero llegó la Primera Guerra Mundial.

Los submarinos militares alemanes lograron penetrar la barrera psicológica que Estados Unidos había construido alrededor de sí mismo y del pueblo americano, y atacaron sus barcos. La actividad submarina en el Caribe, por ejemplo, acabó con el comercio bananero. En julio de 1918, cuando la guerra se aproximaba a su fin, el Boston Globe anunció mediante un titular la llegada del primer vapor de la United Fruit en mucho tiempo, el cual llevaba veinte mil racimos de banana que provenían de Colombia. [pág. 99]

Por ello es significativo contemplar en el caso colombiano como el eterno retorno hace su aparición. En 1918 y en octubre de 1928 habrá huelgas en la zona bananera colombiana. Similares peticiones: ocho horas de trabajo al día, seis días a la semana y contar con el cubrimiento de salud. En 1928 se añadió recibir el salario en efectivo y no en vales para el comisariato de la compañía. Esa protesta, según la Embajada estadounidense en

Colombia, costó de “quinientos a seiscientos muertos” (pág. 104). La United Fruit terminó por corregir la cifra: excedía el millar.

Son los legendarios muertos arrojados al mar por los trenes de la compañía en *Cien años de soledad*. Ahora serán tres mil y así quedarán para siempre, gracias al poder de la literatura. Como lo explica bien Chapman, colaborador habitual del *Financial Times*, la United Fruit “moldeó el mundo” al intervenir directamente en la historia.



Cuando subió al poder en Guatemala el coronel Jacobo Arbenz en 1951 no fue grato a la United por su interés en redistribuir la tierra. Por esa razón, el coronel Carlos Castillo Armas fue alojado y atendido en una plantación de la United Fruit en el lado hondureño de la frontera con Guatemala donde esperó el llamado para derribar a Arbenz en 1954.

En abril de 1961 dos barcos prestados por la Gran Flota Blanca de la United Fruit estaban entre los siete que partieron hacia bahía de Cochinos, en Cuba, para derribar a Fidel Castro. La invasión fracasó, pero mostró los hilos que los Estados Unidos y la CIA mantenían con la compañía y el uso eficaz que la publicidad, desde emisiones de radio hasta películas, pasando por bailarinas como la brasileña Carmen Miranda que se contorsionaba con sensualidad apenas vestida con bananas, desarrolló en pro de esa multinacional que dominó el siglo XX. Si bien el cultivo del banano padeció muchas plagas, como la enfermedad de Panamá o la Sigatoka negra, la United Fruit Company fue, como dice Chapman, sacada del mercado “de la misma manera abrupta en que desaparecían a sus víctimas los escuadrones de la muerte centroamericanos que

la compañía tanto apoyó” (pág. 186). He aquí un libro ágil y excitante sobre un primer agente globalizador sin escrúpulos. Todo un logro de amenidad e información con punzante sentido crítico.

Juan Gustavo Cobo Borda

La utopía del tabaco

Historia de El Carmen de Bolívar y su tabaco en los Montes de María. Siglos XVIII-XX

WILSON BLANCO ROMERO

Universidad de Cartagena, Cartagena de Indias, 2010. 308 págs.

UN TURISTA que hiciera una parada en su carro en la carretera, en la entrada de El Carmen de Bolívar, en la década de los noventa del siglo XX, hubiese encontrado a los lugareños vendiendo suero, algunas frutas, yuca, aguacates y las famosas galletas *chepacorinas*; si se atrevió a entrar al municipio, sentiría lo mismo que en otros pueblos de la costa: la impresión de haber llegado a Comala. Debe apurarse, porque El Carmen fue el teatro de guerra de los frentes 35 y 37 de las Farc, muy cerca de la voladura del oleoducto Caño Limón-Coveñas, a finales de esa década, con las Autodefensas Unidas de Colombia y las masacres realizadas por el Bloque Héroes de los Montes de María, como la de Macayepo y la de El Salado. Es posible que los mismos vendedores le contaran a nuestro turista que antiguamente, los viajeros no eran bogotanos que iban raudos hacia las playas de Cartagena, sino ingleses, alemanes e italianos que venían a instalarse en El Carmen a negociar el preciado tabaco para los mercados europeos entre mediados del siglo XIX y la década del treinta del siglo XX.

El tabaco fue, según John Parker Harrison, la primera experiencia exportadora de cierta magnitud de Colombia en los mercados externos en la segunda mitad del siglo XIX y ocurrió en momentos de frenesí de los mercados por la quina, el añil y las maderas del Sinú, el palo de Brasil, los sombreros de jipijapa, el dividivi de

la Guajira y la tagua, que produjeron bonanzas efímeras en la Nueva Granada.

La historiografía económica colonial y republicana colombiana está muy atrás de la mexicana, que ha incursionado en todos los campos, como la historia de los consulados, la de las ferias comerciales, la financiera, la historia de la hacienda pública, la de las finanzas públicas, la historia de la fiscalidad. Obras como las de Carlos Marichal, *La bancarrota del Virreinato. Nueva España y las finanzas del Imperio español, 1780-1810* (1999); Araceli Ibarra Bellón, *El comercio y el poder en México, 1821-1864: la lucha por las fuentes financieras entre el Estado central y las regiones* (1998) y Luis Jáuregui y José Antonio Serrano Ortega (coords.), *Las finanzas públicas en los siglos XVIII-XIX* (1998), son algunos de los trabajos que representan la nueva historiografía económica mexicana.

Carlos Sempat Assadourian acuñó el concepto de que existía un espacio económico colonial donde las mercancías circulaban; por ejemplo, se calcula que el 40 % de la plata del Potosí circulaba en el extenso espacio que va de Potosí a Buenos Aires. En el periodo colonial, Cartagena de Indias y la villa de Santa Cruz articulaban el espacio económico de las provincias del Caribe con productos como el maíz, cacao, mieles, panela, vajillas de barro, esclavos, ganadería, mulas y tabaco a través de una amplia red de mercaderes, viajeros del río Magdalena, pulperos y grandes comerciantes en los centros urbanos.

La desintegración de la economía colonial, la cual ha sido poco estudiada por regiones en Colombia, reinventó los antiguos espacios y creó otros. El Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER) del Banco de la República, Sucursal Cartagena, inició la ardua tarea de ir creando una imagen de las economías locales del Caribe, como el caso de las redes familiares y el comercio en Cartagena; nos referimos al caso del comerciante Rafael del Castillo (<http://www.banrep.gov.co/documentos/publicaciones/regional/cuadernos/5.pdf>), la del puerto de Magangué (<http://www.banrep.gov.co/documentos/publicaciones/pdf/DTSER24-MAGANGUE.pdf>) y sus